M. ALmagro (ed.) (2009)Historia Militar de España, Vol. I. Madrid, Min. Defensa y Eds. Laberinto.

LA CONQUISTA ROMANA DEL TERRITORIO IBÉRICO

FERNANDO QUESADA SANZ

LA GUERRA DE ANÍBAL Y EL INICIO DE LA CONQUISTA ROMANA DE HISPANIA

La conquista por Roma de los territorios y pueblos denominados «iberos» por oposición a los del interior, esto es, el control de la franja costera mediterránea, el Sureste y Andalucía, está asociada a la II Guerra Púnica[1]. A lo largo de una generación, desde que Aníbal obtuvo el poder y comenzó a planificar su marcha contra Italia hacia el 221/220 a. C., y hasta la derrota final de los cartagineses en Iberia el 205, los pueblos ibéricos se vieron obligados a participar, en calidad de súbditos o aliados de una de las dos grandes potencias. Tras la batalla de *Ilipa* y la rendición de *Gadir* cesaron las armas y los gobernantes y pueblos ibéricos de la costa y Andalucía que habían permanecido fieles a Cartago habían sido aplastados y estaban bajo el poder de Roma.

La zona de Levante, donde la arqueología demuestra que la Cultura Ibérica se desarrollaba con esplendor, llevaba el 205 a. C. muchos años aliada y sometida a Roma gracias al apoyo constante de *Arse*/Sagunto[2] y a la hábil política de halagos, regalos y beneficios llevada a cabo por el joven Escipión, quien pronto sería conocido como Publio Cornelio Escipión *Africano*. En particular resultó decisiva para la perduración pacífica del control romano una vez derrotados los cartagineses su actuación tras la captura de la gran base naval y fortaleza de *Carthago Nova* el 209/8 a. C., pues devolvió rehenes que los púnicos habían vejado, distribuyó botín y regalos y, en general, se atrajo a los líderes ibéricos como el edetano Edecón[3], todo ello junto a la alianza con Sagunto y a la fuerte presencia militar permanente en la costa, desde *Tarraco* hasta *Carthago Nova*[4]. Incluso, durante unos años, la habilidad de Escipión atraería con *amicitia* a los ilergetes Indíbil y Mandonio, líderes de una fuerte confederación en el Nordeste, lo que quitaba a los cartagineses tan eficaces ayudas como las que él a su vez obtenía[5].

En Andalucía, la parte occidental controlada por *Gadir* se entregó a Roma sin lucha, probablemente agotada tras años de guerra, al reconocer la derrota militar y por distanciamiento de Cartago[6], con la que Cádiz siempre habría guardado distancias y de la que había sufrido exacciones, la última por Magón (Liv., 28,36,3): «Magón […] les sacó todo el dinero que pudo a los gaditanos expoliando su erario e incluso sus templos y obligando a todos los particulares a entregar el oro y la plata».

En estas circunstancias, no es de extrañar que las fuentes y la arqueología hayan dejado menores pruebas de resistencia generalizada contra el dominio romano en la

mayor parte del territorio perteneciente al ámbito ibérico en comparación con la Celtiberia o la Lusitania. Y ello incluso cuando pronto quedó claro para todos que los romanos no habían llegado como liberadores del yugo cartaginés, sino que se disponían a quedarse y explotar en su provecho las riquezas de *Iberia*, ahora *Hispania*, ya desde el 205 a. C. (Liv., 30,26,6; Front., *Strat*., 2,2)[7].

No hay por otro lado razón de peso para suponer que los pueblos de la Bética o del Sureste fueran menos aguerridos y belicosos que los del interior. Aníbal y los propios romanos se habían servido de ellos con eficacia durante toda la guerra de Aníbal[8] y los datos que proporciona la arqueología sobre fortificaciones, armas e imágenes de combatientes indican más bien lo contrario. Las referencias escritas al carácter menos belicoso de la mayoría de los iberos y turdetanos de la Bética frente a los bárbaros del interior son tardías, de época augustea (Liv., 34,17; Str., 3,2,15) o ya del siglo II d. C., (Polem., 240, 20-23). Esta percepción deriva, como resulta evidente y casi explícito en el caso de Estrabón, de que *en su época* los béticos, herederos de una larga y rica tradición urbana, estaban ya completamente romanizados cuando todavía los astures ofrecían resistencia feroz. Incluso el propio Livio (28,22) reconoce a propósito de la resistencia de los habitantes de *Astapa* el 206 a. C. que sus habitantes podían ser combatientes feroces, lo mismo que en *Iliturgi* el 206 (Liv., 28,19). Pese a esto, bastantes historiadores modernos aceptan la contraposición ideológicamente interesada de Livio y Estrabón entre una Bética civilizada, presta a aceptar los beneficios de la cultura romana, y un interior hostil, primitivo y salvajemente belicoso.

INDIBIL Y MANDONIO. LOS ILERGETES EN EL NORESTE DE HISPANIA

La resistencia ibérica más temprana y enconada contra la presencia romana se produjo en el cuadrante nordeste peninsular. Los líderes de los ilergetes[9] y sus pueblos aliados habían sido en su lucha contra los cartagineses fieles a Escipión desde el 209 a. C., aunque no a una entidad abstracta llamada «el Senado y el Pueblo Romano», que probablemente concebían con dificultad[10]. Por eso, cuando creyeron que Escipión había muerto el 206 a. C., y comprendieron las verdaderas intenciones de los romanos en Iberia (Liv., 28,24,3), reunieron tropas y se dispusieron a luchar al mando de una confederación (Liv., 28,31,7), que según Tito Livio, incluía, además de los ilergetes, a los lacetanos y probablemente a pueblos celtíberos (Liv., 28,24,3). Es significativo que, mientras se desarrollaban estos acontecimientos, otros pueblos ibéricos eran ya aliados de Roma y así permanecerían, en particular los sedetanos y los suesetanos de la cuenca media del Ebro (Liv., 28,24,3)[11].

Dado el cambio de la situación, los textos grecolatinos pasan de denominar a los líderes ilergetes Indíbil y Mandonio como «soberanos», «príncipes», «generales», «varones de nobleza regia», etc. (Pol., 3,76,4-5; 10,1 18,7; 11,31,4; Liv., 22,21,3; 27,17,3; 28,24,4; 29,2,14, etc.)[12], a ser para Livio (28,32,9) «bandidos y jefes de bandidos». Obviamente Tito Livio ignora deliberadamente el punto de vista de los ilergetes, para quienes las intenciones romanas eran cada vez más evidentes y las lealtades eran entre personas, entre nobles y no entre estados, pues no se sublevaron hasta creer a Escipión muerto.

Cuenta Livio (28,31,5) que los ilergetes y sus aliados pasaron a territorio sedetano en el valle medio del Ebro con un ejército de tamaño equivalente al consular romano de dos legiones con sus aliados y caballería: veinte mil infantes y dos mil quinientos jinetes. Livio da un dato interesante: los ilergetes habían tenido un campamento militar fortificado permanente en esa región *(principio defectionis statiua habuerant).* A partir de aquí, en las dos campañas siguientes del 206 y 205 a. C., se ponen de manifiesto las particularidades de la guerra entre los Iberos[13]. Por un lado, una concepción personal y no estatal del liderazgo, objetivos parciales (fundamentalmente depredadores, basados en el saqueo estacional de los campos y ganados) y ausencia de guerra de asedio y, por otro, capacidad de reunir contingentes grandes, formados por una mezcla de infantería de línea, ligera y de caballería, que forman en línea de batalla organizada y que se articulan en alas por pueblos y clientelas.

No hay razones sólidas para dudar de la magnitud de los efectivos que citan las fuentes, dada su consistencia interna a lo largo de todo el periodo[14]. Si se calcula una densidad media para el Nordeste de unos 5 h/km^2, que supone sólo un tercio de los 14-15 h/km^2 estimados para la más rica zona costera catalana[15], y también que el territorio conjunto de ilergetes, lacetanos, ausetanos y otros pueblos tendría unos 35.000 km^2 (Liv., 29,2), se podría calcular una población mínima de unos 175.000 hab para toda la región. Un ejército de veinticinco mil hombres supondría un 14 % de la población total, aproximadamente el 28 % de la población masculina. Esta cifra es perfectamente razonable para un ejército en una campaña importante, pues es muy inferior al 22/44 % respectivamente documentado en casos de esfuerzo máximo de una comunidad preindustrial[16] y, si aceptamos cierta exageración en las cifras de Livio, veinte mil combatientes entre infantería de línea, ligera y caballería es una cifra asumible.

Polibio (11,32,7) ofrece la primera narración detallada de una batalla campal entre romanos e iberos, sin intervención de cartagineses, pues cuenta que Escipión la buscaba, ya que, «en una batalla campal, cuerpo a cuerpo, sus hombres, ellos personalmente, y su armamento eran muy superiores a los iberos». Con todo, Escipión no descartaba una derrota en este primer enfretamiento entre romanos e iberos (Pol., 11,31,4), pero no quiso contar con aliados indígenas, para que no se dijera que la victora se había debido a su ayuda (Pol., 11,31,5-6), aunque, probablemente, intetaba evitar deserciones o incluso traiciones en el campo de batalla.

Para conseguir la victoria Escipión partió de Cartagena, llegó al Ebro en diez días (Pol., 11,31,1)[17], remontó el río hacia territorio sedetano (Liv., 28,31) y encontró a los iberos tras marchar cuatro jornadas más (entre 60 y 80 km) (Pol., 11,32,1; Liv., 28,33,1). No conocemos sus fuerzas, teniendo en cuenta además las guarniciones que necesariamente habría dejado en diversas bases y lugares conquistados como Cartagena, *Tarraco* o *Castulo*. El romano forzó un primer combate, disponiendo en un valle un rebaño de ganado que los de Indíbil no se resistieron a capturar. Como suele ocurrir en estos casos, la escaramuza entre infantes ligeros iberos y *velites* romanos se intensificó, hasta que la intervención de la caballería romana de Lelio, previamente aprestada,

derrotó y dispersó a los forrajeadores iberos (Pol., 11,32,2-4; Liv., 28,33,2-6). Con esto consiguió Escipión forzar la batalla que deseaba y en los mejores términos para él, porque al amanecer del día siguiente los iberos salieron «y dispusieron todas sus fuerzas en orden de batalla. Escipión ya había previsto esta emergencia. Al ver que los iberos bajaban absurdamente en masa hacia el valle y que alineaban en la llanura no sólo a su caballería, sino también a su infantería, dejó pasar algún tiempo; quería que adoptaran aquella formación el mayor número posible de enemigos» (Pol., 11,32,6). Según Polibio (11,33) y Livio (28,33,9-17), Escipión ordenó una triple maniobra: mientras sus *velites* vigilaban a la infantería ibérica que había quedado al pie del monte, ordenó a cuatro cohortes atacar a los que habían bajado al valle —Livio especifica que el espacio era pequeño para ordenar un frente mayor— y envió la caballería de Lelio para que, aprovechando el terreno oculto, cargara por la espalda a la caballería ibera, entreteniéndola e impidiendo que colaborara en el combate principal[18]. Así, «privada del apoyo de sus jinetes, la infantería ibera, que había bajado al valle confiando en su caballería, se vio en situación difícil». El resultado fue que ambos cuerpos del ejército ibérico lucharon con dificultades, apretados unos contra otros, sin espacio para maniobrar y presionados de frente y por la retaguardia. La infantería ibera fue derrotada primero y luego su caballería se vio atacada de frente por los infantes romanos y por detrás por los jinetes de Lelio. Según Polibio, la mayoría de los que habían descendido al valle perecieron y sólo un tercio, aquellos que habían permanecido al pie de la colina y que eran la infantería ligera *(euzonoi)* pudieron escapar. Sin embargo, del hecho de que Indíbil, que habría bajado al valle con el grueso de su ejército, pudiera escapar y huir implica que la matanza en el valle no fue tan severa como las fuentes afirman y, desde luego, lejana de los veinte mil muertos que afirma Apiano (*Ib*., 37). Livio añade (28,34,1) que tras la batalla el campamento ibero fue capturado con botín y unos tres mil hombres y que las bajas romanas fueron severas: mil doscientos muertos y tres mil heridos, casi un 17 % de bajas, si el ejército de Escipión hubiera sido de efectivos similares al ibérico, unos veinticinco mil hombres, un ejército consular reforzado[19]. El mismo Livio justifica estas bajas -que evidentemente considera muy cuantiosas- argumentando que «la victoria habría sido menos cruenta si se hubiera luchado en un llano más abierto y más a propósito para la huida», lo que más parece una declaración de deseos que otra cosa.

Esta batalla muestra muchas cosas sobre los ejércitos ibéricos: estaban acostumbrados a luchar en línea de batalla *(acies instructa)*, tenían unidades separadas de infantería «de línea», ligera y de caballería, empleaban campamentos, posiblemente con algún tipo de empalizada (*castra* es el término empleado por Livio), eran capaces de causar serias bajas incluso en la derrota, y sus generales no tenían gran flexibilidad táctica ni valoraban el terreno. Pero no se trató de una acción de guerrillas ni de una emboscada, sino de una reñida batalla campal en la que los vencedores sufrieron más bajas de lo habitual en la época[20].

Tras la derrota de los iberos coaligados, Mandonio fue enviado como emisario y consiguió el perdón de Escipión, en unos términos extraordinariamente suaves (Liv., 28,34; Diod., 26,22; App., *Ib*., 37). Pero los ilergetes decidieron luchar de nuevo

cuando Escipión marchó a Italia para obtener el consulado de 205 a. C. y trasladarse a África para enfrentarse a Aníbal. Esto indica que concibiendo su lealtad en términos personales y se sintieron libres de su juramento a un Escipión ya ausente;[21] además, su fuerza militar no había sido seriamente quebrantada por su derrota de unos meses antes. La embajada de los saguntinos a Roma en este momento (Liv., 28,38) muestra que no había ningún tipo de unidad de sentimientos y acción por parte del conjunto de los iberos: la región valenciana no iba a dar ya problemas. La fuerte guarnición sobre el *Sucro* ayudaría a eso[22].

El ejército romano en Hispania se había desmovilizado en parte: las dos legiones más veteranas, que llevaban desde el comienzo de la guerra, fueron licenciadas, de modo que sólo quedaban dos legiones más novatas (Liv., 29,1,21), núcleo de un ejército de quizá dieciséis mil a veinte mil romanos entre las legiones ciudadanas y las *alae* de infantería itálica, a los que habría que añadir los posibles auxiliares ibéricos. Frente a estos efectivos, dice Livio que en breve los caudillos ilergetes reunieron un ejército de treinta mil infantes y cuatro mil jinetes en territorio sedetano, cifra que proporciona una magnitud de decenas de millar, plausible aunque probablemente exagerada.

De nuevo los iberos presentaron batalla campal, lo que demuestra que la batalla anterior era una práctica habitual entre los ejércitos locales tras haberse acostumbrado a ella bajo el mando cartaginés en años anteriores[23]. La detallada narración de Livio (29,2) replica en muchos aspectos lo ocurrido el año anterior. Tras una escaramuza previa de caballería, sin especial relieve, «Al salir el sol al día siguiente aparecieron todos armados y formados en orden de combate a unos mil pasos (1.500 m) del campamento romano. En el centro estaban los ausetanos; el ala derecha la ocupaban los ilergetes[24] y la izquierda pueblos hispanos poco conocidos; entre las alas y el centro habían dejado espacios libres suficientemente amplios para lanzar por ellos la caballería cuando llegara el momento. Por su parte, los romanos alinearon su ejército como de costumbre, siguiendo únicamente en una cosa el ejemplo del enemigo: tambien ellos dejaron entre las legiones espacios libres para la caballería. Pero Léntulo, convencido de que sólo iba a utilizar la caballería quien primero lanzase los jinetes por los espacios abiertos en el frente enemigo, mandó al tribuno militar Servio Cornelio que diese orden a los jinetes de lanzar sus caballos por las calles abiertas en las líneas enemigas. Como el combate de infantería se inició con poca fortuna, él se entretuvo solamente en llevar desde la reserva a primera línea a la legión XIII como apoyo de la XII que retrocedía y que estaba en el ala izquierda haciendo frente a los ilergetes; una vez equilibrado allí el combate, fue a reunirse con Lucio Manlio, que estaba en primera línea dando ánimos y llevando refuerzos a donde la situación lo requería y le comunicó que en el ala izquierda la cosa estaba asegurada y que, de un momento a otro, Cornelio, al que él había enviado con ese fin, envolvería al enemigo con el huracán de la caballería.

Apenas había pronunciado estas palabras, los jinetes romanos se lanzaron por entre los enemigos y desbarataron las líneas de infantería a la vez que cerraron a los jinetes hispanos el espacio por donde lanzar sus caballos. Renunciando pues a combatir a caballo,

MAPA EN CONSTRUCCION

Mapa de Hispania con las fases de avance de la conquista romana y los principales enfrentamientos.

los hispanos echaron pie a tierra[25]. Los generales romanos, al ver rotas las líneas del enemigo, su desconcierto y su pánico y el incierto oscilar de sus estandartes, animan a sus hombres y les piden que carguen sobre los enemigos descompuestos y no les dejen rehacer la formación». La carga romana fue frenada y se convirtió en un combate encarnizado porque el propio Indíbil se puso con su escolata de jinetes desmontados *(¿devoti?)* en primera línea de la infantería. Sólo cuando el jefe ilergete cayó atravesado por jabalinas, se colapsó la resistencia de la línea ibérica. Al no tener los jinetes tiempo de montar, comenta Livio que la matanza fue mayor. Frente a unas pérdidas de doscientos romanos muertos, sobre todo en su ala izquierda, perecieron trece mil hispanos y otros mil ochocientos cayeron prisioneros. A juzgar por la última cifra, puede suponerse que la estimación de bajas, muertos y heridos, normalmente a razón de 3:1[26], es muy exagerada e incluye heridos leves y fugitivos, pero una desproporción de 10:1 o incluso mayor entre las bajas de vencedores y vencidos no es absurda en las condiciones de la batalla en época clásica, cuando la inmensa mayoría de las víctimas caían en la huida, al dar la espalda y dejar de protegerse. La narración de Livio no se ajusta a los *topoi* habituales e indica la capacidad de los iberos, que combatían organizados por pueblos, de luchar a pie firme, de presentar líneas de batalla coordinadas y guiadas por estandartes e, incluso, de rechazar durante a un

tiempo a una legión romana. Sólo la mayor flexibilidad táctica de los romanos, la experiencia de sus generales y, probablemente, la disciplina interna de las unidades tácticas y centuriones proporcionaba una ventaja decisiva a las legiones.

UN NUEVO ESTALLIDO: LA REBELIÓN DE 197-195 A. C.

La coalición del 205 a. C. se desintegró de inmediato y, de nuevo interpretando la situación en clave personal, los ilergetes entregaron a Mandonio, uno de los escasos caudillos supervivientes (Liv., 29,1,1-5) para que fuera ejecutado por los romanos, confiando en lavar su culpa y en obtener condiciones mejores. Pero Roma estaba decidida a afianzar su control territorial en Hispania con el apoyo de pueblos como Sagunto, dada las necesidades de la guerra que continuaba en Africa: las exacciones fueron severas. Sin embargo, la tranquilidad era sólo aparente y Roma debería todavía, para asegurar su dominio del territorio ibérico, enfrentarse a una última serie de campañas militares en la zona costera de Hispania, recién derrotada Cartago en Africa. Que los hispanos no estaban en calma lo comprobó el procónsul C. Cornelio Cetego el 200 a. C., cuando hubo de enfrentarse a los Sedetanos del Ebro en batalla campal, causándoles según Livio (31,49,7) quince mil muertos y capturando 78 enseñas militares, aunque no tenemos mayores detalles. Incluso si se acepta una exageración de las bajas, la mención a estandartes implica un ejército ibérico de gran tamaño y bien organizado.

El año 197 a. C. prácticamente toda la zona ibérica se alzó en armas, coincidiendo con su división en dos provincias romanas (*Citerior* y *Ulterior*) a cargo de sendos pretores (Liv., 32,28,2)[27]. La frontera, difusa, estaba en la línea *Carthago Nova* o más al Sur, en la zona de *Baria* (Villaricos, Almería) y en el área de *Castulo*[28]. La sublevación estalló por un lado en la *Provincia Ulterior*, que por entonces abarcaba en esencia la Bética[29]. El pretor M. Helvio hubo de hacer frente a una grave crisis (Liv., 33,21,6-9): una serie de jefes ibéricos, como Luxinio y un Culchas, que ya había participado en la guerra de Aníbal, se levantaron en armas, Culchas con diecisiete ciudades fortificadas y Luxinio con otras que incluían lugares clave, como la ciudad de Carmona. El otro pretor, G. Sempronio Tuditano, sufrió una grave derrota en la *Citerior*, muriendo de sus heridas (Liv., 33,25,8-9). Prueba del caos es que se hallaba *Hispania* es que un pretor saliente necesitaba en estos años una escolta de seis mil hombres para abandonar la provincia (Liv., 34,10). La rebelión hizo que se entregaran ejércitos potentes a cada uno de los dos nuevos pretores de *Hispania* para 196 a. C.:[30] «la guerra recomenzó en Hispania cuatro años después de haber finalizado». Pero estas fuerzas se revelaron insuficientes, aunque Minucio, pretor de la *Citerior*, informó haber derrotado en batalla campal a los hispanos Budar y Besadin, cerca de *Turda* (de localización incierta), capturando al primero de los jefes enemigos y causandol doce mil bajas (Liv., 33,44,4).

Roma, ocupada en campañas en la Galia, Siria y Macedonia, sólo pudo enviar un nuevo ejército consular de dos legiones el 195 a. C. (Liv., 33,43,1), prueba de la importancia del conflicto, al mando de M. Porcio Catón[31]. Los detalles geográficos de la campaña son complejos y con incertidumbres. La narración de Polibio se ha perdido, salvo

alguna referencia suelta en Plutarco, de modo que la información más completa son T. Livio y otras fuentes menores[32].

Catón llegó a Ampurias en 195 a. C. no como pretor sino en calidad de cónsul, con un fuerte ejército[33]. Desalojó primero una guarnición de hispanos que ocupaba la ciudadela de Rosas, y acampó en la ciudad griega, saqueando para aliviar su logística los campos cercanos de los iberos bajo el lema «la guerra se alimenta a sí misma» (Liv., 34,9,12). Catón no tenía enfrente a todos los pueblos locales: el régulo ilergete Bilistage, por ejemplo, posiblemente escarmentado por las derrotas anteriores, envió emisarios a Catón pidiendo ayuda para poder mantenerse aliado de Roma. Por fin el procónsul se decidió a dar una batalla campal «enemigo contra enemigo» (Liv., 34,13,6). El resultado de la enconada batalla de Ampurias (*vid. infra*) fue una gran victoria del romano y el sometimiento de todas las regiones al norte del Ebro (Liv., 34,16,6). La demolición de las murallas de las ciudades y la entrega de armas fueron exigencias constantes de Catón (Plut., *Cat*. 10,3; Liv. 34,27,11; Front., 1,1; App., *Ib*., 41).

Mientras el ejército consular de Catón se encargaba del nordeste de Hispania, su pretor Publio Manlio marchó con su propia legión y auxiliares itálicos (quizá unos diez mil a doce mil hombres) hacia la Turdetania *(Ulterior)*, uniéndose a un tercer ejército romano, veterano, allí mandado por Apio Claudio (Liv., 34,17), de efectivos similares, por lo que choca que Livio (34,17,3) afirme la superioridad numerica de los turdetanos. En todo caso, en la batalla campal entablada «una carga de la caballería romana desbarató la formación en un instante. Apenas si hubo combate con la infantería turdetana: los soldados veteranos, que tenían experiencia bélica y conocían bien al enemigo, no dejaron ninguna duda acerca del resultado. Sin embargo la guerra no quedó decidida con esta batalla. Los túrdulos reclutaron diez mil mercenarios celtíberos y preparaban la guerra con armas ajenas». Por ello, Catón tuvo que marchar hacia el sur con su propio ejército (Liv., 34,19,1), sumando en total cuatro legiones más aliados, una cifra enorme aunque dejara guarniciones en el Norte. Curiosamente, los turdetanos y sus mercenarios celtíberos mantenían campamentos separados, por lo que Catón entabló una serie de escaramuzas victoriosas con los primeros, mientras negociaba con los segundos, tropas mucho más peligrosas según Livio (34,19; versión corrompida en Zonaras 9,17). A pesar de las generosas propuestas de soborno de Catón, los celtíberos, pese a la fama de venales que suelen adjudicarles las fuentes, no cambiaron de bando.

A partir de aquí la situación es confusa y difícilmente creíble, ya que Livio dice que los bagajes de los mercenarios celtíberos habían quedado en *Seguntia* que, si corresponde como parece a la moderna Sigüenza, está a cientos de kilómetros de la Andalucía donde supuestamente se desarrolla la campaña (Liv., 34,19,10-11). En todo caso, tras pasar por Numancia (Aulo Gelio, *N. Att.*, 16), Catón regresó al norte del Ebro con sólo siete cohortes, dejando el resto del ejército con Manlio. Con esas fuerzas reducidas (Livio lo especifica, 34,20,1) Catón habría procedido entonces a derrotar a los indómitos lacetanos, pueblo «remoto y salvaje»[34], contando con la alianza de otros pueblos ibéricos más importantes: ausetanos, sedetanos y suesetanos (34,20,1-2). Usando como cebo a los

débiles suesetanos para forzar una salida en tromba de los lacetanos de su fortaleza, Catón pudo tomar su ciudad con sus cohortes romanas casi sin esfuerzo. El texto de Livio es interesante porque especifica que los lacetanos sitiados podían reconocer a distancia a sus viejos vecinos y enemigos, los suesetanos, «por sus armas y estandartes» (34,20,6; Front., 3,10,1). Con igual facilidad, aprovechando sus disensiones internas, Catón derrotó a los bergistanos, a quienes Livio (34,21; 34,16,9-10) describe como una pequeña banda de ladrones montañeses siempre dispuestos a causar problemas. Con estas acciones, pese a la inseguridad en la Turdetania, Roma consideró victoriosa la campaña en *Hispania* y concedió a Catón el triunfo, máximo honor a un general por una gran victoria (Liv., 34,46).

Pese a las incertidumbres, dos hechos seguros se extraen de estos acontecimientos. En lo estratégico, de nuevo se demuestra que no existía «conciencia nacional ibera» de ningún tipo. No sólo no existía unidad de acción, sino que algunos pueblos ibéricos apoyaron activa y militarmente a Roma. Así, el 194 a. C. Catón pudo contar con los suesetanos para vencer a los lacetanos[35].

En lo táctico, los iberos buscaron de nuevo la campaña formal, reglada, con infantería de línea, tanto el 196/195 en *Turda* (Liv., 33,44,4) como en la gran batalla de Ampurias en 195 a. C., cuando Catón forzó un combate de frentes invertidos, colocándose mediante una marcha nocturna en orden de batalla en una posición en la que el campamento de los iberos quedaba entre entre el ejército y el campamento romanos. Catón empleo entonces una treta ya habitual: tres cohortes aisladas avanzaron como cebo hasta la empalizada del campamento de los hispanos (nótese el detalle) para que éstos salieran precipitadamente. El resultado es que Catón pudo atacar con su ejército bien organizado «mientras los iberos tratan de formar atropelladamente y están aún desorganizados» (Liv., 34,14,6), lo que indica que Catón consideraba a su enemigo una fuerza articulada. Pese a esta gran ventaja inicial, la caballería del ala derecha romana fue rechazada y desordenó también las filas de las legiones, pero un destacamento de dos cohortes de reserva que oportunamente dieron un rodeo y cayeron sobre la retaguardia de los iberos restableció algo la situación. Aún así, el pánico se había extendido en la derecha romana y el propio cónsul hubo de detener personalmente a fugitivos y enviarlos a la línea de combate (34,14,8). «De esta forma, la batalla se mantenía indecisa mientras se combatió con las armas arrojadizas, mientras que en el ala derecha, donde se inició el pánico y la huida, los romanos resistían a duras penas; por el ala izquierda y el centro los bárbaros, acosados, veían aterrados las cohortes que les amenazaban por la espalda. Cuando, después de arrojados los soliferreos y las faláricas, desenvainaron las espadas, fue como si se iniciara de nuevo el combate; no recibían heridas por lanzamientos imprevisibles efectuados al azar desde lejos; en el cuerpo a cuerpo confiaban por entero en su valor y su fuerza. Cuando sus hombres estaban ya agotados, el cónsul los reanimó lanzando a la lucha las cohortes de reserva desde la segunda línea».

Esta maniobra táctica, que posiblemente las unidades ibéricas menos estructuradas no podían replicar, decidió la batalla. La nueva carga rompió las filas hispanas, y aún entonces Catón disponía de una nueva unidad en reserva, la segunda legión, que empleó para avanzar a paso ligero para atacar el campamento fortificado ibérico, pero cuidando

de mantener la formación íntegra. Todos estos movimientos y empleos de tropas indican un buen general mandando un ejército bien organizado contra un enemigo temible por su valor y su acreditada capacidad para luchar en batalla campal. No son estos iberos los «bandoleros» o «guerrilleros» que a veces se ha querido pintar. Pese a la derrota sufrida en el campo, los iberos defendieron la empalizada de su campamento militar con encarnizamiento (Liv., 34,15,5), hasta que se consiguió penetrar por la *porta sinistra*. El resto fue una reñida operación de limpieza. Especifica Livio que Valerio Antias estimó en cuarenta mil las bajas enemigas *(sic)*, pero añade: «el propio Catón, nada dado por cierto a rebajar sus propias hazañas, dice que los muertos fueron muchos, pero no da la cifra». Por otro lado, Apiano (*Ib*., 40) había estimado en esa cifra el total del ejército hispano, frase para la que da la clave Livio (Liv., 34,15,9), que pudo emplear los escritos del propio Catón, lo que explica la inusual precisión y detalles[36] con que narra lo que sin duda fue una batalla reñida y a gran escala entre dos ejércitos organizados y de potencial alto. La versión de Apiano (*Ib*., 40) es en cambio mucho más breve y esquemática aunque coincide en lo sustancial.

EL FINAL DE LA GUERRA EN TERRITORIO IBÉRICO

El 194 a. C. la situación siguió revuelta, pese a las victorias de Catón, que regresó a Roma par recibir su triunfo. En la Citerior, el pretor Sexto Digicio, sucesor de Apio Claudio, sufrió derrotas sucesivas que le costaron la mitad de su ejército (Liv., 35,1,1-12; Oros., 4,20,16). Este desgaste fue compensado por sucesivos éxitos contra celtíberos y lusitanos del otro pretor, Escipion Nasica, que culminaron con una victoria campal reñida frente a estos últimos cerca de *Ilipa* (prov. de Córdoba) (Liv., 35,1).

Estas acciones daban inicio a nuevas campañas que llevarían a penetrar en el interior y Occidente de Hispania. A partir de esa fecha, las zonas que denominamos «ibérica» y «turdetana» no volvieron a dar problemas militares a Roma, pese a las noticias tardías que mencionan el 191 a. C. las operaciones de M. Fulvio y G. Flaminio en la zona del Genil, incluyendo el asalto con maquinaria de la ciudad de Licabro (¿Cabra?) (Liv., 35,22,5); y la derrota de un procónsul, Lucio Emilio Paulo, en la Bastetania el 191 a. C. a manos de los lusitanos (Liv., 37,46,7; Plut., *Aem. Paul.*, 4)[37]. Comenzaba el avance hacia el interior, la Lusitania, Carpetania y Celtiberia, que sería mucho más prolongado y, en cierto sentido, más complicado[38].

---

[1] Vid. supra, § II Guerra Púnica. J. M. Roldán Hervás y F. Wulff, 2001, A. Lozano, 1987, p. 398 s.; A. Montenegro, 1986; J. M. Blázquez, 1974. Vid. supra, § II Guerra Púnica

[2] M. A. Martí Bonafé, 1998.

[3] Por ejemplo, Polibio (10,18; 10,34-35; 10,36), Livio (26,49-50; 27,17), Frontino (2,11,5), Valerio Máximo (4,3,1) y Aulo Gelio (Noct. Att., 7,1,3).

[4] Sobre la localización y efectivos de las guarniciones romanas, R. C. Knapp, 1977, p. 15 s.

[5] Los ilergetes habían sido decisivos en la derrota de Gneo y Publio Escipión, tío y padre del joven Escipión (Liv., 25, 34).

[6] Algunos gadeiritas querían entregarse a Roma a espaldas de los generales cartagineses (Liv., 28,30,4; 28,31,1). Ver, A. Montenegro, 1986, p. 37.

[7] A. Montenegro, 1986, p. 36 y n. 79 y p. 50; A. Lozano, 1987, p. 410-411.

[8] Platón (Leg., 1, 637d) describe a unos «iberos» a mediados del siglo IV a. C. como gentes belicosas, que

deben ser parte de los apreciados mercenarios conocidos desde inicio del siglo v a. C. Livio (27,1,4,5) consideraba que los hispanos, sobre todo iberos por las zonas de reclutamiento posibles para Aníbal el 219 a. C., eran lo mejor que tenía Aníbal en Italia el 209 a. C., lo mismo que Asdrúbal en Metauro (Liv., 27,48,6-10). Ver, F. Quesada, 2005, aunque los mismos iberos podían actuar bien bajo unos generales y circunstancias y ser poco fiables en otras (Liv., 23,29).

[9] I. Garcés (ed.), 1996.

[10] F. Quesada, 1996.

[11] Sobre las tropas aliadas a Roma, J. M. Roldán, 1993.

[12] N. Coll e I. Garcés, 1998.

[13] Vid. supra, § Iberos.

[14] Vid. supra, § Iberos.

[15] J. Sanmartí, 2001.

[16] Sobre el esfuerzo demográfico en guerra y la formación de ejércitos, L. H. Keeley, 1996; J. López de Sebastián, 1968. Un análisis más completo de los efectivos militares ibéricos, F. Quesada, 2003, p. 141 s.

[17] Parece exagerado, pues entre Cartagena y el Ebro hay unos 500 km siguiendo la costa, lo que habría supuesto marchas forzadas de 45-50 km al día, más del doble de lo normal en un ejército en marcha en la Antigüedad (D. W. Engels, 1978, apéndice 5). El ejército de Alejandro, liviano en impedimenta según lo normal en la Antigüedad, hacía una media de 20 km diarios. Un contingente menor o de tropas ligeras podía marchar mucho más rápido. En otro lugar, Polibio (10,9,6) atribuye a una marcha en sentido inverso sólo siete días, lo que ha llevado a algunos comentaristas a pensar en el Júcar en lugar del Ebro.

[18] Livio (28,33,9-19) dice casi lo mismo, pero con mayor detalle e insiste en la novedosa flexibilidad táctica de Escipión.

[19] El 206 a. C. había en Hispania cuatro legiones desgastadas según De Sanctis, Brunt (1971) y Toynbee (1965), reducidas a dos al año siguiente. Polibio (10,9,6) afirma que el 210 a. C., justo antes de marchar sobre Cartagena, Escipión contaba con veinticinco mil infantes y dos mil quinientos jinetes. No hay razón para que la cifra tras Ilipa (206 a. C.) sea menor, pero tampoco mayor, ya que Escipión renunció a llevar aliados hispanos.

[20] P. Krentz, 1985, p. 13-20, tras tabular las fuentes de la Grecia clásica señala que los vencedores sufrían una media de un 5 % de bajas y los vencidos un 14 %. P. Sabin (2000) demuestra una proporción similar entre los vencedores en las batallas de la Roma republicana a partir de Polibio, aunque las pérdidas de los derrotados solían ser mucho mayores. Aunque estos datos sólo son una aproximación, queda claro que la batalla contra Indíbil fue muy dura y la precisión de las cifras de Livio indica que proceden de un archivo.

[21] Los romanos, que no comprendían o no querían comprender este concepto, interpretan que los iberos pensaban que, al irse Escipión a Roma, ya no quedaban buenos generales, por lo que la sublevación era fácil (Liv., 29,1,19-20).

[22] Un campamento con ocho mil hombres el 206 a. C. (Liv., 28,24)

[23] F. Quesada, 1997, p. 653-663.

[24] El ala derecha es la de honor en la mayoría de los ejércitos de la Antigüedad.

[25] Era práctica habitual en el Mediterráneo antiguo y los propios romanos la emplearon en Cannas (Pol., 3, 115, 1-3); J. McCall, 2002, p. 63 s.

[26] Detalles sobre las bajas y sus proporciones en el mundo antiguo, F. Quesada, 2006, p. 158 s y supra, nota 18.

[27] Sigue siendo útil R. C. Knapp, 1977, p. 60 s.

[28] J. M. Roldán y F. Wulff, 2001, p. 95.

[29] R. C. Knapp, 1977, p. 65.

[30] Q. Fabio Buteón y Q. Minucio Termo, con cuatro mil infantes y trescientos jinetes aliados itálicos, una de las cuatro nuevas legiones alistadas, pues otras seis combatían ya en otros puntos del Mediterráneo (Liv., 33, 26, 3-5; App. Ib., 39).

[31] J. Martínez Gázquez, 1992. Para los magistrados y acontecimientos, C. López Delgado, 2006.

[32] J. Martínez Gázquez, 1992, p. 50 s.

[33] Dos legiones completas (unos nueve mil hombres) junto con quince mil infantes y ochocientos jinetes aliados latinos (Liv., 33,43,1-3). Se le asignó como ayudante pretor a P. Manlio, a quien se concedieron otros dos mil infantes y doscientos jinetes aliados, además de la legión de su antecesor (Liv., 33,43,8). La Ulterior, donde la situación no parecía tan grave, recibió un nuevo pretor, Apio Claudio Nerón, a quien sin embargo se autorizó a añadir otros dos mil infantes y doscientos jinetes a la legión y aliados que había tenido su antecesor (Liv., 33,43,5). El total pueden estimarse en unos treinta y cinco mil hombres en la Citerior y, quizás, diez mil a doce mil en la Ulterior al inicio de la campaña del 195 a. C.

[34] Sobre los Lacetani y Iacetani, que muchos identifican por lógica geográfica, J. Martínez Gázquez, 1992, p. 59 y 77 s.; A. Montenegro, 1986, p. 57-58.

[35] J. M. Roldán Hervás, 1993, p. 37; J. Alvar, 1999, p. 60.

[36] J. Martínez Gázquez, 1992, p. 59 y 64 s. La fuente serían los Orígenes de Catón, obra perdida.

[37] La localidad de Licon, citada por Livio suele ubicarse cerca de Pinos Puente-Ilurco (Granada) o en de Castulo-Ilugo (Jaén). El problema es que, si se ubica en Bastetania o en la Alta Andalucía, un ejército lusitano capaz de matar seis mil soldados romanos en una gran batalla sólo puede explicarse por una incursión muy profunda a gran escala cruzando el Guadalquivir o por un error de Livio o por un problema en la caracterización de la Bastetania. Véase I. Garcés, 2008 (e.p.). Otra posibilidad es que originalmente el procónsul estuviera en la Bastetania y marchara hacia el noroeste, donde sería vencido por los lusitanos (R. Thouvenot, 1973, p. 112).

[37] Vid. infra, § Guerras Celtibéricas y § Guerras Lusitanas.